

demostrando que los grandes milagros efectuados por Jesucristo durante el tiempo de su predicacion, son una clara demostracion de que era verdadero Dios al par que verdadero Hombre.

SEGUNDA PARTE.

Hemos visto, mis amados oyentes, en el discurso anterior, la realizacion de las antiguas profecías en la persona de Jesucristo, lo que nos ha hecho conocer que es el verdadero Mesías. Ahora bien, nos falta examinar un punto de la mayor importancia. Era necesario que la doctrina predicada por el Salvador, doctrina que tenia por objeto regenerar el mundo, reuniendo todos los pueblos bajo una misma ley, basada en la caridad, fuese confirmada por milagros: era necesario que ese Mesías ejerciera publicamente un poder de Dios. ¿Lo ejerció Jesucristo? ¿Hizo milagros?

Un dia Juan Bautista envió á sus discípulos á que le preguntasen « si era él el que debia venir, ó si era necesario esperar á otro. » Veamos la respuesta de Jesucristo: « Id y decid á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto: que los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (1). » Ved como Jesucristo, el hombre en quien hemos visto resplandecer los caracteres propios del Mesías, no teme dar como prueba de su mision, de la santidad de su doctrina, y de su propia divinidad, los hechos milagrosos que habia obrado. El Evangelio desde su

(1) Luc. cap. VII, v. 20-22.

primera página hasta la última, forma un cuerpo de doctrina, tan admirable y tan perfecto que á él no puede compararse la obra de ninguno de los legisladores del mundo. Y el mismo Evangelio que esa doctrina nos refiere, nos da cuenta de multitud de hechos prodigiosos, de grandes milagros hechos por Jesucristo en presencia de multitud de testigos. La incredulidad no puede arrancar su belleza al Evangelio, ni negar su sublimidad: es impotente para empañar la obra de la sabiduría eterna, y en su loco orgullo toma otro camino: ¿Será cierto, se pregunta, que Jesucristo dió vista á ciegos de nacimiento, que hizo andar á los cojos, que purificó á los leprosos? ¿Será cierto que resucitó á Lázaro, muerto de mas de cuatro dias? ¿Será cierto que obró como Señor absoluto de la naturaleza? ¿No pueden haberse ingerido en la historia de su vida, todos estos pasajes para conseguir reunirle proseliticos?

La posibilidad de los milagros ha sido bruscamente atacada por Espinosa, Orobio, Boliny, Gollins, á los que siguió el doctor de Tubinga, Strauss, que estableciendo su sistema mítico, no solamente combate los milagros en general, sino muy particularmente los de Jesucristo, á quien considera como fingido Mesías. El argumento que presentan por lo comun los que niegan la posibilidad de los milagros, es que siendo todo milagro contrario al curso de la naturaleza, es por esta misma causa contrario al orden inmutable de las cosas y á la esencia eterna de Dios.

Notad, señores, que hay un principio comun entre el filósofo que niega la posibilidad de los milagros, y el que los cree, y es que la Esencia divina es infinita en su Omnipotencia y en la impenetra-

bilidad de sus caminos: que entre ella y la inteligencia humana existe un abismo inmenso, y que por lo tanto sin contradecirse ha podido hacer obras cuyo secreto no podemos comprender. La historia universal nos revela á cada paso sucesos inesperados, extraordinarios, opuestos á todas las previsiones de la sabiduría y de la esperiencia, y á los que nos vemos obligados á darles el nombre de milagros. Es indudable que Dios, que ha dado leyes á la naturaleza, puede cuando es su voluntad hacer suspender estas mismas leyes, obrando lo que conocemos con el nombre de milagro. Y los mas grandes hombres, los mas renombrados filósofos, tales como Bacon, Leibnitz, Newton, creian en los milagros. El mismo Descartes abatía humildemente su génio ante los milagros de la revelacion cristiana. Estaba reservado á la lógica mezquina é iracunda de Strauss, echar por tierra los milagros referidos en el Evangelio, por medio de su sistema de interpretacion mítica, por cuyo procedimiento esplica todos los milagros del Nuevo Testamento, la Anunciacion, la Concepcion virginal de María, los sucesos sobrenaturales que acompañan al nacimiento de Jesucristo, la estrella que guió á los magos, la aparicion del Espíritu Santo bajo una forma sensible en el dia de su bautismo, etc., etc. Segun él la Transfiguracion de Jesucristo no fué otra cosa que un éxtasis, producido por su imaginacion, ó el prestigio de un sueño, durante el cual los Apóstoles dormidos creyeron ver á Moisés y á Elías.

Los milagros de Jesucristo, segun consta en el Evangelio que pertenece á los tiempos históricos y no á los fabulosos, se verificaron en las plazas pú-

blicas á vista y presencia de personas de todas condiciones, delante de enemigos numerosos y encarnizados. Direis tal vez que el Evangelio fué obra de los amigos de Jesus: pues bien; leed las obras de los que fueron sus enemigos, y vereis que todos convienen en que en aquella época se abrió un debate público el mas solemne. Un hombre habia dicho que era Dios y murió por haberlo dicho. Era innegable que habia hecho cosas maravillosas: su sangre vertida encontraba adoradores en todas partes: la publicidad de aquel proceso, la estension de aquella doctrina con milagros confirmada, es cosa que revelan multitud de monumentos y las paredes de los calabozos y del Circo romano, teñidas con la sangre de mil y mil mártires de la religion cristiana. No podia por lo tanto el filósofo aleman negar lo que habia sido tan público, pero quiere quitar el carácter de milagrosos á los hechos de Jesucristo, oponiendo á ellos las mas ridículas objeciones. Las curaciones de ciegos, sordos ó paralíticos, leprosos, etc., cedian sin mucho esfuerzó á operaciones mágicas ó quirúrgicas que sabia hacer Jesus. El magnetismo animal desempeñaba en estas ocasiones su principal papel. «La sola accion de la mano, de la vista, de la impresion de Jesus, constituia todo su secreto, aun á las distancias mas remotas del sitio de la curacion. »De este modo, continúa el filósofo, los fenómenos »magnéticos por una parte, la accion de Jesus sobre »el organismo enfermo por otra, nos muestran los »puntos de contacto, con lo que se observa ordinariamente suceder de una manera natural (1).» ¿Y

(1) Strauss, tomo II. De los milagros.

qué podrá decir acerca de la resurreccion de los muertos? ¿Quereis saberlo? Que eran simples letargos, que solo exigian una operacion mas fuerte por parte del operador. La pesca milagrosa, la multiplicacion de los panes, sufren las mismas interpretaciones. La Resurreccion del Salvador no es mas que pura fantasmagoría: su Ascension á los cielos un cuento parecido á la fábula de la apoteosis de Hércules y de Rómulo. Todo para este escritor, en los milagros de Jesucristo, no es otra cosa que sueños de la imaginacion ó artificios de la impostura. Senda fatal seguida hoy por un nuevo apóstata de la fé, que quiere relegar entre las fábulas todo cuanto se conoce con el nombre de milagro, profecía ó palabra revelada.

Poco importa que la razon filosófica en su extravío trate de oponerse á la razon católica: esta es la luz y aquella la oscuridad. Jesucristo es indudable que dió repentinamente la vista á ciegos de nacimiento ¿puede hacerse esto sin un poder divino? Es tambien indudable que sacó á Lázaro del sepulcro dándole nueva vida, ¿puede llegar á hacer esto la ciencia humana? ¿podia verificarse por algun medio que no fuera divino? ¿Y qué otro cosa demostraba este poder público de Jesucristo manifestado en obras tan extraordinarias, sino que era Dios verdadero al tiempo mismo que verdadero hombre? ¿Quereis ver, señores, nuevas pruebas de su divinidad? Hoy hemos hecho objeto de nuestras meditaciones su agonía en el árbol de la Cruz. Yo os hago notar que no hay palabra alguna ociosa en el Evangelio. Todo en él nos enseña y nos instruye. «Dando una gran voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi

espíritu; y habiendo dicho esto, espiró.» Tal es el sagrado testo: y bien ¿no es un nuevo milagro, esta gran voz que sale de los lábios del Salvador moribundo? Asi es: en el momento mismo en que las tinieblas cubren la tierra por el eclipse de los astros: cuando chocan las piedras, Jesus al exhalar su postrer aliento da una gran voz, con la que quiere decir: «Al modo que la falta de mi sangre que ha estraído de mis venas la fiera pésima del pecado, ni la agonía en que me encuentro me priva de dar esta gran voz, asi pudiera haberme librado de mis enemigos y aun bajar en este instante de la Cruz. Pero me he entregado voluntariamente á la muerte por el rescate de la pobre humanidad.»

¿Y acaso nosotros dudaremos tambien de la divinidad del Salvador? Necesitaremos que haga nuevos milagros para creer en él, para aceptar su doctrina, para vivir obedientes á su divina ley? No: nuestra fé nos lleva á los piés de Jesucristo crucificado al que reconocemos como verdadero Dios: en él como vimos ayer se realizaron todas las profecías del Testamento antiguo: en su persona resplandecieron todos los caracteres propios del Mesías, y sus grandes prodigios y estupendos milagros fueron un testimonio nada equívoco de su divinidad.

Hoy, pues, que la impiedad presenta nuevas batallas: hoy que se sacan del panteon del olvido los antiguos errores para combatir á Jesucristo y su religion sacrosanta, procuremos nosotros vivir prevenidos para no dejarnos sorprender. Si el escepticismo nos llama para que abjuremos de todo principio de autoridad, contestemos nosotros animados por nuestra fé y deseosos de nuestra eterna y verdadera felicidad:

No seguiremos mas banderas que las de Jesucristo , á quien nos conduce el amor y la gratitud. Él nos sacó de la mas tiránica esclavitud , dándonos la libertad perdida. Pues bien, nosotros nos esclavizamos voluntariamente á nuestro Libertador, seguros de que estando con él, nada tendremos que temer aunque andemos en tinieblas de muerte. Jesucristo á quien adoramos nos sacará en salvo de todos los peligros y nos conducirá triunfantes á la felicidad del cielo.
Amen.

SERMON

PARA EL QUINTO DIA DE LA NOVENA.

*Unus militum lancea latus ejus aperuit,
et continuo exivit sanguis et aqua.*

Uno de los soldados abrió su costado con una lanza, y en el momento salió de él sangre y agua.

Joan. cap. XIX, v. 34.

¿Tenemos aun, M. A. O., nuevos motivos de compasion? ¿No han terminado todavía esas terribles escenas que en los dias anteriores han venido siendo objeto de nuestras meditaciones? ¡ Ah! Jesucristo ha concluido ya de padecer: habiendo exhalado su postrimer aliento han terminado para siempre todas sus ignominias, todos sus tormentos: y si aun ha de sufrir una nueva injuria que va á ser el objeto de nuestras consideraciones en la presente tarde, no será sensible para su humanidad sacratísima por estar ya difunto, pero derramará nueva copa de amargura, en el corazon de la Virgen purísima, para la que aun no han concluido los padecimientos y terribles dolores que viene experimentando desde que su divino Hijo se dejó prender por sus enemigos.

Parece increíble, M. A. O., que la Sinagoga no